www.loqueleo.santillana.com

© 2016, Silvia Schujer
© De esta edición:
2016, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5053-9
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*.

Primera edición: noviembre de 2016

Dirección editorial: María Fernanda Maquieira
Edición: Lucía Aguirre – Clara Oeyen
Ilustraciones: Gabriela Regina

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Schujer, Silvia Graciela
Maleducada, amarilla / Silvia Graciela Schujer ; ilustrado por Gabriela Regina. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
104 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-5053-9

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Regina, Gabriela, ilus. II. Título.
CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 1.250 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2016 en Altuna Impresores S.R.L., Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Maleducada

Silvia Schujer

loqueleo

Este libro está dedicado a todos los chicos en edad de ser alumnos y a todos los maestros que disfrutan cuando los hacen felices.

Si algunas de las maestras que yo tuve pudieran leer estos cuentos, creo que me matarían. A ellas también les dedico estas ficciones, porque de uno u otro modo me enseñaron a escribirlas.

ERA UN ÁRBOL, MERI, ERA UN ÁRBOL

(1962)

Cuando Diéguez entró a la escuela, hacía solo una semana que habían empezado las clases. Así que si al principio no notamos nada raro fue porque nuevos éramos todos y el primer grado[1] nos tenía distraídos y expectantes a la vez.

No era para menos.

Por un lado, éramos lo más chiquito y vulnerable de eso que en los recreos parecía una jungla de gorilas blancos. Por otro (como era habitual en esa época), a todos nos habían dejado de llamar por el nombre de pila para pasar a nombrarnos por nuestro extraño apellido. De manera que, de ser Silvias o Marcelas o Danieles o Ricardos, nos habíamos

1 En los años en los que yo fui a la primaria, a segundo grado se lo llamaba primero superior. Y sexto era equivalente al actual séptimo. Para simplificar la lectura, nombré los grados como se hace en estos tiempos, es decir, de primero a séptimo.

convertido sin escalas en García o Delfino o Pérez o Dilesio, lo que –de algún modo– nos alejaba de nuestras pocas certezas. Eso, por no contar además que al formar fila en el patio nos exigían –con estas exactas palabras– que tomáramos distancia del compañero.

10 Decía antes que cuando a Diéguez lo trajeron al aula y lo sentaron solo porque ya no quedaban más bancos dobles, nosotros no vimos nada en él que nos llamara la atención. Ningún gesto asustadizo o de perplejidad distinto del que hubiéramos podido reconocer en nuestra propia cara durante esos primeros días de clase. Solo cuando empezaron a pasar las semanas y ninguno era capaz de responder cómo sonaba exactamente su voz (la de Diéguez), empezamos a observarlo más. En particular yo, que me sentaba también sola, detrás de él.

La maestra era la señorita Meri. Mari no, Meri. Y aunque no se destacaba (ni se había destacado nunca, decían) por tratar con dulzura a los más chiquitos, hacía veinte años que era la maestra de primero.

No era antipática ni mucho menos. Con su cara alegre y colorida (pelo azabache, párpados espolvoreados de verde, ojos marrones, labios gordos-carmín), solía tener una apariencia payasesca que, cuando no nos asustaba (porque su voz era ronca y estridente), hasta nos hacía reír. Además era baja, redonda y enérgica.

Para la señorita Meri, los alumnos estábamos divididos en dos clases: los "tilingos" y los "tololos". Nunca supe muy bien qué defectos nos convertían en una u otra cosa (las dos ofensivas, desde ya). Sí recuerdo que a todos los que después nos costó mucho la matemática, casualmente, para Meri habíamos sido los tilingos.

Pero esto no importa. Lo interesante es que, para ella (la señorita), Diéguez no entraba en ninguna categoría y entonces nunca tenía ocasión para denigrarlo ante los demás diciéndole graciosamente que era un verdadero tilingo o un verdadero tololo. Como Diéguez no lloraba nunca, no pedía permiso para ir al baño en hora de clase, no era charlatán, no se ensuciaba, no molestaba cuando terminaba primero de copiar del pizarrón y tampoco parecía tenerles miedo ni a la maestra ni a la directora ni

a nadie, la señorita Meri no sabía cómo tratarlo y por eso lo ninguneaba. Lo nombraba al pasar lista, sí (dicho sea de paso, él no gritaba "presente" sino que se paraba y levantaba la mano para ser visto). También le repartía las mismas hojas que nos daba a todos con algún trabajo para completar y, obviamente –como al resto–, le corregía el cuaderno. Pero a él se lo devolvía con desprecio, casi se lo tiraba sobre el pupitre y seguía de largo, sin ningún comentario y sin mirarlo a la cara.

Una vez pude ver desde atrás, desde mi banco, cómo le había arruinado un dibujo del cuaderno con un enorme signo de interrogación en el medio. Y Diéguez, la verdad, como si nada.

Él hacía lo que había que hacer para pasar desapercibido y, apenas podía, se dedicaba a lo suyo. "Lo suyo", lo supimos a las pocas semanas de compartir el primer grado, era dibujar.

Diéguez dibujaba todo el tiempo: cuando terminaba la tarea, en los recreos, mientras Meri explicaba alguna cosa. Siempre tenía hojas sueltas que sacaba de la valija (en esa época no se usaban las mochilas) y con lápiz negro o con colores se la pasaba haciendo trazos y formas que, aun después

de terminadas, no se parecían en nada a algo que los demás pudiéramos reconocer. Solo en las clases de dibujo –y a veces– él mostraba sus trabajos. Decía en voz bajita, por ejemplo: "Esta es una carrera de caimanes". Y cuando uno miraba las figuras, no entendía por qué. ¿Dónde estaban los caimanes? ¿Cuál era la pista de carreras?

Los chicos nos reíamos de él. De cómo Meri lo imitaba. De la cara que Diéguez ponía al dibujar (en esos momentos, de la boca le asomaba un pedacito de lengua). O de cómo venía abrigado los días de frío: tenía tanta ropa que casi no podía caminar y además usaba unos gorros con orejeras de piel que lo hacían parecerse a un cocker.

Yo no lo cargaba tanto porque lo tenía cerca y a veces me daba pena. A veces también me irritaba porque parecía que se hacía el estúpido a propósito. Pero la bronca me duraba poco porque él no se enojaba nunca y, como se sentaba en el pupitre de adelante, cada tanto me mostraba sus dibujos (y de tanto verlos, supongo, hasta empezaron a gustarme).

Una vez agarré uno que me regaló y para qué. Las chicas empezaron a decir que era mi novio hasta que me hicieron llorar. Yo no quería tener

novio y menos al más papanatas. La señorita Meri, cuando le conté, en vez de retar a las chicas rompió el dibujo en pedacitos delante de todos y le dijo a Diéguez que no me molestara más.

Después de eso, solo recuerdo lo que quería contar. Y es que una mañana vino la directora y dijo que todos los chicos de primero a tercero íbamos a pintar el frente de la escuela. Que a nuestro grado le tocaba hacer los árboles, en la parte de pared que nos habían destinado, y que eso sería al día siguiente. Repitió como veinte veces que fuéramos con ropa cómoda y, sobre todo, que se pudiera ensuciar.

A la mañana siguiente, por supuesto, fuimos todos con prendas viejas y sin delantal. Alguno que otro trajo puesta una camisa grande sobre la ropa y, más de uno, un pintorcito que le habría sobrado del jardín.

En la vereda, la señorita Meri apoyó unos tarros de pintura, nos dio un pincel gordo a cada uno y nos advirtió que pensáramos muy bien antes de hacer nuestra obra porque la pintura no se podía borrar. Que no nos comportáramos como los tilingos y los tololos que éramos, sino como verdaderos pintores. Y la jornada empezó.

—Que Diéguez no dibuje —de repente gritó Schmit.

Schmit era un pésimo alumno pero muy rubio y limpito, lo que –a ojos de Meri– le daba cierta superioridad para opinar.

—Eso, señorita, que no pinte —lanzó Dilesio, la hija del comisario.

Y todos los demás miramos mudos a Meri para ver qué hacía. Observamos en silencio –como quien mira una película de suspenso– cómo la señorita Meri iba caminando hacia donde estaba Diéguez, que ya había empezado a pintar su árbol de lo más entusiasmado. Y yo estoy segura de que le hubiera sacado el pincel de un tirón, de no haber sido porque, justo en ese momento, por el frente de la escuela pasaban dos señoras que se pararon a mirarnos. No hubiera quedado bien, pienso ahora, que Meri echara alevosamente a un alumno en público. O que le retorciera un poco la oreja, como también era su delicada costumbre. Así que se aguantó y arrugó los ojos. Cómplice con el resto, balbuceó algo así como "dejémoslo que siga con su mamarracho" y se dedicó a ponernos en marcha a los demás.

—A pintar árboles, se ha dicho —ordenó haciéndose la graciosa para la platea. Y empezamos a embadurnar la pared.

Tal como lo habíamos hecho miles de veces en cualquier hoja en blanco, casi todos arrancamos por las dos líneas verticales y paralelas que forman el tronco y luego seguimos por las copas regordetas o empinadas a las que más de uno le pintó frutos rojos, amarillos o anaranjados.

Después de unas horas que se interrumpieron un par de veces para tomar un refrigerio y lavarnos un poco, el trabajo se dio por terminado. Y llegó la hora de salida.

La hora de salida, esa vez, sería la hora del juicio. Y lo fue.

En el desorden provocado por los chicos que salían, los adultos que llegaban a buscarlos y los alaridos de la secretaria que en la puerta pedía a gritos que nadie tocara la pared porque la pintura estaba fresca, quien más quien menos, casi todos se tomaron un tiempo para mirar nuestros árboles. Ante cada uno, los comentarios eran del estilo "qué lindo", "qué bien pintado" o "qué bonito",

hasta que llegaban al lugar donde Diéguez había hecho su dibujo e invariablemente preguntaban:

—¿Y esto qué es?

—Un árbol —respondía Diéguez bajito mientras daba los últimos toques a su obra y una señora impaciente (que no era la madre ni la abuela) lo esperaba bufando.

—¿Un árbol con formas cuadradas? —decían los chicos.

—¡Miren este colorinche! —se burlaban otros. Y los adultos se reían de los comentarios o seguían de largo.

—¡Árboles había que dibujar, Diéguez! ¡Árboles de la Tierra, no de Marte! —gritó el hermano mayor de Schmit. Y Meri celebró la ocurrencia con una carcajada mordaz. Todavía la recuerdo.

Entonces pasó lo que quería contar.

Mientras Diéguez se alejaba de la escuela y un grupo de chicos, padres y maestros se seguía riendo –o quejando– del "mamarracho" pintado por ese alumno, apareció un perro. Uno callejero. Sin correa y sin dueño. El perro se abrió paso entre la gente que miraba el mural y después de olisquear en la pared cada uno de los árboles recién pintados, se detuvo ante el dibujo de Diéguez.

Lo olió, alzó la cabeza, volvió a olerlo y ahí nomás levantó la pata. Nada del otro mundo: esa era su costumbre cuando en la vereda había un árbol y él tenía ganas de hacer pis.